

Roma en el Desierto/Ese nuestro París/Los motivos del coronel

Guadalupe Bejarle Pano

Si a alguien se le ocurre preguntar a un experto en geografía, a un explorador de *National Geographic*, a un viajero consuetudinario --de esos que tienen su propio canal de viajes en *Youtube* o su programa estelar en *Discovery Travels*-- o a algún afamado escritor sibarita, si hay desierto en Roma, París o Berlín, el ataque de ojos desorbitantes, seguidos de breves movimientos convulsos de estos personajes culminaría con una mirada complaciente y un pequeño pero elegante gesto de menoscabo aderezado de un brevísimo no. Sin embargo, si le preguntamos a Daniel Serrano, tendríamos una respuesta que comenzaría con una sonrisa franca, enorme, amable, para luego obtener un rotundo sí y un comentario que nos dejaría con hambre de indagar más: Sí...pero hay de desiertos a desiertos...

Si mi memoria no me falla, fue en 2006 cuando tuve por primera vez, el honor y el placer de hacer la presentación de una obra escrita por Daniel Serrano. Se trataba de *El cazador de gringos*. En aquella ocasión, no atiné en encontrar la palabra justa que definiera la escritura de Daniel y en mis esfuerzos, retomé a Aristóteles y a Ricoeur para justificar lo que iba a hacer. Cité a este último para decir que la metáfora es un «error calculado que reúne cosas que no van juntas y que, por medio de este malentendido aparente hace que brote una nueva relación de sentido» y de ahí, *tiré monte* y terminé haciendo un análisis más lingüístico y discursivo del *Cazador* y no era lo que la ocasión pedía. En mi defensa, se me hacía muy apocado para la presentación utilizar solamente la

metáfora de la fotografía en sepia, que eso era lo que provocaba en mi mente, la lectura de las obras de Daniel.

Y así pues, en aquella ocasión, terminé haciendo un análisis semántico de la nostalgia encarnada en los personajes del *Cazador*... En este punto, creo que Daniel ya está comenzando a sudar frío, temiendo que voy de nuevo a las andadas...pero no. Hoy vengo más disciplinada, además he de confesar que he encontrado el término que define la escritura de Daniel Serrano. La lectura de la hermosa trilogía que aquí nos reúne hoy me regaló un momento de serendipia y encontré esa palabra justa que venía buscando desde el 2006.

Me explico: Hace más de una veintena de años, se acuñó el término de *Dramaturgia del norte* que, sin entrar en precisiones académicas, engloba a dramaturgos nacidos en el norte (aunque no necesariamente radiquen en la zona) y a aquellos que, no nacidos en el norte, viven en estas latitudes y escriben sobre territorialidad que, para fines prácticos, se traduce en temas de migración y lo que de este fenómeno social se deriva. Confieso que estoy haciendo un reduccionismo laxo del término pero para lo que pretendo, es suficiente. De estos criterios, Daniel encaja de una manera un tanto extraña en el concepto; sí, es norteño aunque no radique en *su zona* y sus preocupaciones no están centradas en los flujos migratorios.

Daniel es un escritor medio errante que en sus viajes y estadías –unas más prolongadas que otras—siempre lleva consigo un cachito del desierto de su natal Sonora. Cuando en 2006 presentamos *El cazador de gringos*, yo hablaba de la nostalgia en la obra pero no me atrevía a decir que Daniel era un escritor de la nostalgia o nostálgico...no me parecía justo. Y ahora sé que estaba en lo cierto. Más precisamente, Daniel dispone en su dramaturgia la esencia del

norteño: Ser del norte y estar ahí sin estar o sin serlo. El *dasein* de Heidegger reconfigurado, si nos ponemos elegantes. Daniel Serrano es el escritor de la *norteridad*, de las mil y una concreciones del desierto... Y la Trilogía dramática que hoy tenemos en nuestras manos, que es como una colección de postales (no pude evitarlo, no quería dejar sin usar la metáfora de la fotografía en sepia) valida el término.

Eso era lo que andaba buscando; la afirmación de que Daniel Serrano es el escritor de la *norteridad*. De la esencia del norteño. De lo que significa ser norteño, estar en el norte, en un norte, en *su* norte...el de cualquiera. Su escritura dramática es el retrato de aquel que siempre mira, anhelante, a otra parte; aquel que busca, desesperada, angustiada, frenéticamente eso que lo hará ser...y que en el trayecto encuentra que siempre tuvo. La realización de que la aridez del alma duele más que la geográfica. Que uno no necesita andar lejos para soñar y vivir realidades alternas...pero con la advertencia de que con cerrar los ojos no se exorciza la hipocresía humana o lo perverso de la sociedad contemporánea. Estrella, en *Roma en el desierto* se justifica y dice:

Ella me decía que yo había nacido para vivir en Roma. Que haber nacido en Sonora era una prueba que el Altísimo me había puesto, pero que estaba destinada a algo muy grande. Me decía una y otra vez que las cosas que valen la pena se hacen en ciudades importantes como Roma, o París, o Berlín, que ojalá y Dios le prestara vida para verme en Roma. Y Dios le prestó vida, y me dijo que le mandara una foto en cuanto llegara. No se la he podido mandar, porque ni modo de mandarle una foto de este lugar tan feo...

Y Karina, otra de las protagonistas de Roma, nos pinta otro aspecto de la *norteridad* cuando al final de su periplo sentencia: «Me quedo con mi propio desierto, y con sus vientos, que se arremolinan violentos, pero son mis propios

vientos». Finalmente, es Elisa, de *Ese nuestro París* la que completa el cuadro de la nortoridad al afirmar que: «...¡lo único que le regresamos a nuestros pueblos son toneladas de nostalgia! ¿Y volvemos a hacer algo allá? [...] A ver, ¿por qué no regresar a tu pinchurriente pueblo a construir un teatro, por ejemplo?» Así pues, replanteando el concepto de metáfora de Ricoeur, sólo me resta decir que al parecer hay cosas que no van juntas, ni siquiera metafóricamente. El desierto, el norte, no son metáfora para el deseo infame que corrompe el alma o para la pobreza e hipocresía humanas...En la escritura de Daniel Serrano, hay de desiertos a desiertos.